

El Descenso del Mercado de Valores en EUA

Por MIGUEL S. WIONCZEK

LA violencia de las recientes fluctuaciones bursátiles en EUA y Europa, producida al mismo tiempo que se desataba el conflicto entre el gobierno y las grandes empresas estadounidenses, sumió a muchos en la mayor confusión, que apenas ahora comienza a disiparse. En las semanas últimas, numerosos comentaristas financieros trataban de establecer paralelos entre estos acontecimientos y la situación que prevalecía en 1929. Más, por fortuna, vistos en su perspectiva histórica, los sucesos bursátiles de mayo-junio de 1962 no admiten parangón con el hundimiento de la Bolsa en 1929.

Durante los seis primeros meses de 1962, los precios de las acciones en el mercado bursátil neoyorquino, declinaron 24% (descenso que fue más acusado todavía en las bolsas de Europa Occidental), volviendo a principios de julio a los niveles de finales de 1958. Por extraño que parezca, el volumen de las transacciones efectuadas en el indicado período fue considerablemente inferior al que se registró durante el primer semestre de 1961 (492 millones y 572 millones de acciones, respectivamente), aunque un poco más elevado que en períodos semejantes de los dos años precedentes. Pero comparar el volumen de transacciones, según el número de acciones compradas y vendidas de un año para otro, carece de significación. Como tampoco tiene sentido establecer una comparación entre la magnitud de las operaciones bursátiles en 1962 y la que alcanzaba durante el angustioso otoño de 1929, para proclamar, como tantos cronistas financieros hacían, que en este o aquel día del presente verano el volumen de operaciones sobrepasó el de los famosos días siniestros que precedieron a la Gran Depresión. Puesto que el número de acciones que circulaban en EUA a principios del año actual era casi siete veces mayor que el de los últimos meses de 1929 (7,435 millones y 1,128 millones de acciones respectivamente), se deduce que el volumen de operaciones comparable al habido durante el gran pánico de hace más de 30 años tendría que ser bastantes veces mayor que el de las transacciones efectuadas en los peores momentos de la presente declinación, o sea, a fines de mayo.

Tampoco puede ser comparada la magnitud de la última baja de precios con la de los días del "gran desplome", ya que en aquella sazón (dentro de las diez semanas transcurridas entre el 3 de septiembre y el 13 de noviembre de 1929) las acciones cotizadas en EUA perdieron la mitad de su valor (47%, para ser exactos). Por otro lado, la declinación de 1962 es aun algo menos pronunciada que los tres descensos bursátiles más importantes de la postguerra (los de 1946, 1957 y 1959), acercándose mucho al promedio de todos ellos.¹

Es más, solamente quienes desconozcan por completo el comportamiento de la economía mundial en la segunda mitad de 1961 pueden sostener, como muchos hacen, que la situación planteada en la bolsa de valores de Nueva York en mayo y junio se presentó inesperadamente. Por lo pronto, la realidad es que en Europa ya habían empezado a descender los precios de las acciones en el verano de 1961,² y que en el mercado bursátil norteamericano se venía notando señales de debilitamiento desde las últimas semanas del año anterior. Consecuencia de ello fue que a comienzos de la primavera última algunas personas —como hubo

¹ Desde que terminó la Segunda Guerra Mundial, hubo las siguientes bajas en las bolsas de valores de EUA: en 1946, de 28.1%; en 1948, de 18.5%; en 1953, de 17.5%; en 1956, de 13.9%; en 1957, de 24.9%, y en 1959, de 26.2%.

² Ya en diciembre de 1961 informaba la prensa financiera europea que "desde principios de junio, el índice de acciones del Eurosyndicat —el mejor calibrador de los movimientos en este dominio del Mercado Común Europeo— descendió de su máximo en 13%". Ver "Europe's Economic Scene - Showdown or a Pause or a Breath?", *The Financial Times* (Londres), 14 de diciembre de 1961.

de saberse después— llegasen a la conclusión de que era inminente una baja general en las bolsas de valores en EUA y vendieran sus acciones en el momento oportuno. Hubo —fácil es conjeturarlo a *posteriori*— banqueros e inversionistas suizos que, según la prensa financiera internacional³ se deshicieron a primeros de mayo, de la manera más callada y ordenada, de acciones norteamericanas valoradas en cientos de millones de dólares, ayudando con ello al debilitamiento serio del mercado.⁴

II

Todo esto indica que vale la pena analizar las circunstancias en que se produjo la última baja fuerte en las bolsas de valores estadounidenses. Para tener el cuadro completo de los acontecimientos hay que hacer una distinción entre factores económicos, políticos y psicológicos, ya que es obvio que la mayoría de los inversionistas raramente se deja guiar tan sólo por consideraciones económico-financieras. En los tiempos modernos —como alguien ha observado con agudeza— el mercado bursátil ha venido a ser como un reflejo de las esperanzas y temores, de las aspiraciones y frustraciones, no tan sólo de hombres de finanzas e industriales, sino también de las más amplias capas de la sociedad capitalista más avanzada, la de EUA. Las operaciones que se llevan a cabo estos días en las bolsas de valores estadounidenses interesan directamente a unos 17 millones de grandes y pequeños accionistas, es decir, a la cuarta parte, aproximadamente, de las familias residentes en el país.⁵ Cualquiera que conozca la sociedad norteamericana sabe que la gran mayoría de los ciudadanos de EUA está más pendiente de las noticias financieras que de otros asuntos nacionales o extranjeros.

Los factores económicos de que derivan los recientes sucesos de Wall Street no pueden ser más sencillos. Además de tener en cuenta que la expansión económica de EUA va aflojando desde mediados de la década de los cincuenta, hay que considerar que las fluctuaciones cíclicas se han hecho en los últimos tiempos cada vez más frecuentes y que los períodos de recuperación de las recesiones sucesivas van siendo más cortos y menos vigorosos. Por consiguiente, aun en las fases de máxima expansión, sigue creciendo el margen entre la capacidad productiva disponible y el nivel de la actividad económica y así lo demuestran la capacidad ociosa en muchas industrias, inclusive las básicas, como la del acero, y el creciente problema, tan doloroso en el orden social, del desempleo estructural, que aun en los mejores tiempos de los años recientes afectaba a más del 5% de la fuerza de trabajo. No obstante que este semiestancamiento de la economía tenía que traducirse en una declinación —en términos relativos— de las utilidades de las empresas, el mercado de valores de EUA seguía comportándose en los años últimos igual que en circunstancias de prosperidad ilimitada.

A consecuencia de las esperanzas que, en el ámbito nacional, estaban puestas en un alza constante del valor comercial de las acciones, los precios de éstas alcanzaron en las postrimerías de 1961 (como ya había acontecido en 1958-59) niveles absurdamente altos en relación con las utilidades y los dividendos pagados por las empresas industriales norteamericanas a sus accionistas. Si hacemos a un lado ganancias representadas por el aumento del valor comercial

³ Ver Ed Tvng, "Confidence in U.S. Dollar Survives Stock's Crash", *The Journal of Commerce*, 31 de mayo de 1962.

⁴ Según datos extraoficiales, los inversionistas extranjeros destinaron en 1961 más de Dls. 325 millones a comprar acciones en EUA.

⁵ El número de accionistas que hay en EUA aumentó de 6.5 millones en 1952 a 12.5 en 1959 y a 17 millones al comenzar 1962. Claro está que tal cosa no significa que las acciones estén distribuidas hoy más por igual que en el pasado, sino más bien, que están cambiando en el país los hábitos de ahorro.

de las acciones, resulta que el propietario de éstas, en EUA no podía esperar el año pasado más de 3% anual de interés sobre el capital que tuviera invertido, o sea, menos de lo que rinde cualquier otra clase de inversión financiera, inclusive la cuenta de ahorro en un banco.

Antiguamente, en los períodos no especulativos de la historia financiera de EUA los rendimientos de las acciones comunes solían ser más elevados, a causa de los riesgos implícitos, que los de los valores de renta fija, ya fueran de emisión privada o pública. Mas, en nuestro tiempo, ese ordenamiento normal se ha invertido. A partir de mediados de 1961, o quizás desde antes, ha sido posible adquirir en EUA muchas clases de títulos, y entre ellos algunos provistos del deseable privilegio de exención de impuestos federales, con utilidades mayores que las que cabía obtener de la mayor parte de las acciones. Como es natural, la situación así creada no podía eternizarse, ni siquiera en una sociedad tan inclinada a la especulación como es la norteamericana.

III

A mediados de abril, cuando las economías de ambos lados del Atlántico distaron de mostrar el esperado vigor,⁶ estalló un conflicto entre las grandes empresas siderúrgicas y el gobierno de EUA que hizo subir la marea de hostilidad hacia la Casa Blanca a unas proporciones desconocidas desde los dos primeros mandatos presidenciales de Franklin D. Roosevelt:

"El acero es sólo el principio —opinaba *The New York Times* un mes antes de la baja en la bolsa de valores de Nueva York. "En las semanas y meses próximos se pondrán a prueba las relaciones entre la Administración Kennedy y las grandes potencias de la economía norteamericana —empresariales y sindicales— al menos en seis de las principales industrias: ferrocarriles, aluminio, papel, aviones y proyectiles teleguiados, empacadora y de la construcción".

Sin un motivo legítimo, los dirigentes de las grandes empresas, con su obediencia tradicional al partido republicano, dieron por hecho que la acción del Presidente contra el aumento de los precios del acero era una declaración de guerra a la empresa privada. Y no sólo comenzaron a esperar, de un día para otro, ataques del gobierno sobre sus ganancias "legítimas" sino que, por extraño que parezca, consideraban al Presidente como el Ángel Exterminador. Los lectores del diario financiero más importante de EUA, *The Wall Street Journal*, no podían menos que echarse a temblar sobre su futuro cuando, después del descalabro bursátil de mayo, se les recordaba que⁸

"Hace precisamente un cuarto de siglo, el Presidente Roosevelt, en una conferencia de prensa, denunciaba lo que calificó de precios excesivos, refiriéndose especialmente, para condenarla, al alza impuesta en el precio del cobre unos días antes. De ahí arrancó una declinación en el mercado bursátil que fue seguida por la recesión de 1937-38, una de las más pronunciadas que se recuerden".

La historia anti-kennedista, alimentada por las más irresponsables declaraciones de dirigentes de la oposición republicana, incluyendo al ex-presidente Eisenhower⁹ contribuyó a trastornar la mente de millones de inversionistas en el mercado de valores, durante la primavera y el verano últimos, no obstante los esfuerzos gubernamentales por restaurar la confianza. Ante las proporciones y la duración que iba teniendo esta histeria, un destacado intelectual republicano, ex miembro del Consejo de Asesores Económicos de la Presidencia, el profesor Henry Wallich, de la Universidad de Yale, creyó obligado a hacer la advertencia¹⁰ de que las grandes empresas podían precipitar otra recesión si

continuaban oponiéndose abiertamente al gobierno y cargando las tintas acerca del porvenir de la economía. Al decir de Wallich, de presentarse la recesión, el gobierno tendría que intervenir, y cuando el gobierno se mete en los dominios de la economía ya no sale de ellos. Lo mejor que podía hacer el sector privado, por tanto, era cejar en su lucha contra Kennedy: a tal conclusión llegaba uno de los más esclarecidos ideólogos del Partido Republicano.

Pero la hostilidad de las empresas contra la Casa Blanca continuaba al comenzar el verano. Las fuerzas conservadoras del Congreso y la prensa financiera, que llevaban mucho tiempo acusando al gobierno de negligencia en la lucha para contener la inflación, equilibrar el presupuesto federal y eliminar el déficit de la balanza de pagos, veían ahora en la acción del presidente Kennedy contra los aumentos de precios del acero un perverso *coup de grace* a las presiones inflacionarias. Y estas presiones, hay que notar, eran la causa, en gran medida, del auge bursátil. Es revelador, al respecto, lo que uno de los más destacados comentaristas de *The Wall Street Journal* escribía poco después de los agitados sucesos ocurridos en la Bolsa de Nueva York en los últimos días de mayo:¹¹

"Se ha esgrimido como argumento para comprar y guardar acciones, independientemente de lo que puedan rendir, que constituyen un "valladar" contra las consecuencias de la inflación... (Pero ahora) el estímulo de la inflación, arma que perennemente servía para justificar los aumentos que, en general, se operaban en bolsa desde que terminó la segunda guerra mundial, ha empezado a perder vigor".

No puede uno menos que asombrarse ante una situación tan extraña como ésta, en que los poderosos empresarios, que siempre han denunciado la inflación como el enemigo mortal de la economía y la prosperidad, arremeten contra el presidente de EUA por una medida de franca tendencia antiinflacionaria. Tal vez sea que hay buenas inflaciones, cuando las originan los aumentos de precios, y malas, si su origen está en las reclamaciones de los sindicatos. Pero quizás sería demasiada pretensión el pedir que haya lógica en plena contienda política. En todo caso, sean lógicas o no, las actitudes hostiles de los grandes empresarios son en parte responsables de lo sucedido en el mercado bursátil norteamericano en mayo y junio últimos.

IV

Existe, por último, otro elemento activo en los últimos acontecimientos bursátiles, el cual, por causas desconocidas, ha pasado inadvertido hasta estos momentos. Se relaciona estrictamente con el frenesí especulativo que se apoderó de la sociedad norteamericana hace unos cuantos años. A este respecto, las semejanzas entre 1929 y el momento actual son mucho mayores que miradas las cosas desde otros puntos de vista.¹²

Tal cosa no hubiera sido posible sin un medio psicológico propicio, al cual da lugar la creencia, difundida por todo el país —como en el decenio de los veinte— de que uno puede hacerse rápidamente rico, o aumentar de modo considerable sus riquezas, sin necesidad de hacer un esfuerzo extraordinario: basta adquirir acciones. A la formación de semejante atmósfera ha contribuido la incansable máquina propagandística de los intermediarios financieros, quienes tienen a su disposición recursos cuantiosos y todo un ejército de funcionarios y empleados. Como se puso de manifiesto en las audiencias más recientes de la Comisión de Valores y Bolsas (*Securities and Exchange Commission*), reunida en Nueva York esta primavera, en EUA millones de tenedores de acciones son atendidos por más de cien mil corredores o simples agentes vendedores, muchos de los cuales llaman a las puertas de sus vecinos en la misma forma que lo hacen quienes se dedican a vender refrigeradores o enciclopedias.

Trátase de un negocio de enormes proporciones, en el que se juegan muchos intereses, sobre todo si se tiene en cuenta el auge alcanzado por las sociedades de inversión (*mutual funds*) fenómeno de dimensiones nacionales en EUA, que se asemeja en muchos de sus aspectos a las compañías de inversiones (*investments trusts*) de la década de

⁶ La ruptura entre la Administración Kennedy y la industria del acero coincidió con unas informaciones oficiales reveladoras de que el producto nacional bruto de EUA había crecido en el primer trimestre del año a una tasa inferior a la esperada por los asesores de la Presidencia, y que, por otra parte, el país seguía desprendiéndose de oro a consecuencia del déficit de la balanza de pagos. Ver *Boletín Quincenal del CEMLA*, Vol. VIII, No. 8, 25 de abril, 1962.

⁷ Ver Richard E. Mooney, "Kennedy and Business", *The New York Times*, 29 de abril de 1962.

⁸ Ver editorial de *The Wall Street Journal*, "The Market", junio 10, de 1962.

⁹ La opinión exteriorizada por Dwight Eisenhower el 10. de junio, acerca de que los "desorbitados programas de gastos" de la Administración Kennedy y la consiguiente falta de confianza en la economía de EUA habían contribuido a acentuar la declinación bursátil de finales de mayo, figurará con el tiempo en la antología de la ignorancia humana.

¹⁰ Ver Henry E. Wallich, "Are Business Fears Justified?", *The Journal of Commerce*, junio 27 de 1962.

¹¹ Ver William Henry Chamberlain, "Why Stock Fall", *The Wall Street Journal*, junio 5 de 1962.

¹² Para una descripción de los excesos especulativos, de finales de la década de los veinte, véase John Kenneth Galbraith, *The Great Crash*, 1929. Houston Mifflin, Co., Boston, 1955, pp. X-4-212.

los veinte. Explotando la fórmula, por lo demás correcta, de que es necesario diversificar las inversiones de un individuo o una familia, las sociedades de inversión lograron un fantástico desarrollo en los diez años últimos. Entre 1950 y 1962, los activos totales de dichas sociedades aumentaron en EUA de Dls. 2,500 millones a Dls. 23,000 millones, o sea, casi diez veces (antes del "gran desplome" de 1929 las compañías de inversiones habían conocido una expansión todavía más rápida, al aumentar sus activos once veces entre 1927 y 1929). Además, según los últimos cómputos, había en EUA unos 40,000 "clubs" de inversiones, probablemente pequeñas asociaciones informales de inversionistas privados, creadas con objeto de disponer de una administración común de sus fondos. Los llamados servicios consultivos de inversiones, tan populares en los años veinte, volvieron a convertirse en una institución de carácter nacional. Los *mutual funds*, por sí solos, pagaron en 1961 a sus consejeros, sacarlos de las filas de los corredores y técnicos bursátiles, algo así como Dls. 120 millones por sus servicios.

La propaganda, cuyo esfuerzo tiende a atraer al pequeño ahorrador a la red de las sociedades de inversión y a otros intermediarios financieros, emplea hoy las mismas técnicas psicológicas que usara hace una generación. Esa propaganda asegura que la inversión está plenamente garantizada, procurando que el inversionista se interese más que por el valor real de los títulos, por sus posibilidades de "aumento" (según los pronósticos de la bolsa) y tratando de convencerle de que el dinero que invierte es manejado por personas expertas, sumamente hábiles, dotadas de gran talento financiero. La generalidad del público, por otra parte, se muestra ahora propicio a aceptar tales proposiciones, persuadida de que las medidas reglamentarias dictadas por el Gobierno después del desastre de la década de los treinta hacen prácticamente imposible la repetición de los abusos registrados hace una generación. De esta suerte, el inversionista tiene la convicción de hallarse doblemente protegido: por el Gobierno, y por la sagacidad de estos magos de las finanzas, encargados de la defensa de sus intereses.

En las audiencias efectuadas en 1961-62 por la Comisión de Valores y Bolsas, (SEC) que fueron suspendidas pocos días antes del desplome bursátil acaecido a fines de mayo, se puso de relieve que el público inversionista no tenía motivos para sentirse completamente seguro, aunque el campo para hacer posible el engaño delictuoso de un inversionista ingenuo sea mucho menor ahora que en los años veinte.

En las audiencias aludidas se patentizó que la estructura financiera de la economía norteamericana había superado considerablemente el marco establecido por las reformas introducidas en época de Roosevelt, lo que daba margen para que se incidiera en nuevos abusos. Por extraña coincidencia, un largo artículo sobre las audiencias de la Comisión de Valores y Bolsas (SEC), aparecido en primera página del *Wall Street Journal* de 28 de mayo de 1962 (el día de la declinación más acusada en varios años), comenzaba con las palabras siguientes:¹³

"Los investigadores federales, después de seis meses de minuciosa exploración en el mercado bursátil del país, creen haber percibido una erosión perturbadora en los cimientos mismos de los baluartes jurídicos levantados para proteger a los inversionistas de la nación. Y están trazando planes para reparar el daño".

¿Qué se había descubierto en las audiencias de la SEC? En primer lugar, que parte muy considerable de las transacciones se efectúa al margen de las bolsas de valores federalmente controladas, por la sencilla razón de que el Congreso de EUA no ha hecho nunca extensiva la aplicación de todos los requisitos que amparan los valores registrados en las 14 bolsas oficiales del país, al llamado mercado "fuera de bolsa", es decir, a esa dilatada y amorfa arena comercial que se maneja desde o dentro de las oficinas de los corredores.

Se calcula que, aunque no hay más que unas 4,000 emisiones de valores y otros títulos que figuren en las listas y se coticen en las bolsas registradas en la SEC, se cuentan entre 25,000 y 40,000 las cotizadas fuera de los centros bursátiles oficiales, y de éstas existen unas 3,000 que se venden y compran en grandes cantidades *over the counter*.

En segundo lugar, se ha llegado a la conclusión de que el régimen jurídico que ampara el funcionamiento de los *mutual funds* por haberse elaborado hace ya unos 20 años,

¹³ Véase Louis L. Kihlmeier, "Market Probe Spurs SEC to Seek Plugging Holes in Regulations", *The Wall Street Journal*, 25 de mayo de 1962.

resulta inadecuado. Mientras las compañías que se dedican a la colocación en bloques de acciones de las sociedades de inversión están afiliadas, en general, a la Asociación Nacional de Negociantes de Valores (*National Association of Security Dealers*, o NASD), corporación profesional autónoma, las empresas que venden acciones en pequeñas cantidades al público y las que manejan la cartera de las sociedades de inversión efectúan sus transacciones, en no pocos casos, baciendo caso omiso del reglamento sancionado por la SEC.

Por último, se descubrieron¹⁴ casos de graves irregularidades en el funcionamiento de bolsas de valores de segundo orden, que motivaron la destitución a principios del año de algunos funcionarios de la *American Stock Exchange*, que es la segunda bolsa de Nueva York, la suspensión "voluntaria" este verano de las transacciones bursátiles en San Francisco y la acusación formal contra algunos manipuladores fraudulentos de acciones en diferentes partes del país.

Aunque la Comisión de Valores y Bolsas decline toda responsabilidad por el comportamiento del mercado bursátil en mayo y junio existen motivos para creer que sus audiencias no dejaron de minar la confianza de inversionistas pequeños que no han olvidado todavía los escándalos puestos de manifiesto por las investigaciones federales que siguieron al desastre bursátil de 1929. Para debilitar el mercado este verano, esos preocupados grupos de inversionistas no necesitaban deshacerse de sus tenencias. Bastaba con que se abstuvieran de comprar más acciones.

Para mediados de julio las condiciones del mercado bursátil en EUA, parecían volver a la normalidad,¹⁵ como consecuencia en parte, de una serie de medidas gubernamentales tendientes a restablecer la "coexistencia pacífica" entre la Casa Blanca y las grandes corporaciones. La razón entre el valor comercial de las acciones y las utilidades de sus tenedores ha vuelto a niveles relativamente razonables, y al mismo tiempo, las autoridades federales reguladoras (SEC) se estaban empeñando con gran discreción en eliminar los abusos más peligrosos acaecidos en el mercado.

Sin embargo, aun si, como en muchos círculos se sostiene, la reciente baja de las bolsas de valores puede darse ya por terminada, es menester considerarla como un signo inconfundible de que la economía norteamericana está por entrar en su quinta recesión de posguerra, cuya magnitud, en el mejor de los casos, será similar a la de las cuatro precedentes (1948-49, 1953-54, 1957-58 y 1960-61). A pesar de todas las declaraciones oficiales en el sentido contrario, se están acumulando de un día a otro indicios de que EUA se halla en la fase final del más breve y el más débil período de expansión económica registrado desde la Segunda Guerra Mundial. En junio, la tasa de crecimiento de la producción industrial y del ingreso era ínfima; el desempleo excedía el 5.5% de la fuerza de trabajo; y seguía creciendo la capacidad ociosa de numerosas industrias. Hasta el Prof. Paul Samuelson, de la Universidad de Harvard, consejero económico extraoficial de la Casa Blanca, opina que para evitar dificultades económicas serias el país necesita urgentemente una reducción considerable de la imposición federal y el aumento del gasto público.¹⁶ Por el momento, el Gobierno Federal piensa solamente en acelerar sus gastos, pero aun en el Congreso se debilita el frente de los defensores de la política de presupuesto equilibrado.

Dicho todo esto, cabe mirar atrás y recordar las promesas electorales del Presidente Kennedy en el sentido de que su Gobierno conseguiría un crecimiento económico acelerado (4% al año) en condiciones de estabilidad monetaria. Hoy, después de dos años de la Administración de John F. Kennedy, parece claro que, a pesar de todos sus esfuerzos, EUA no han logrado salir del semiestancamiento económico que tiene consecuencias tan nefastas para las regiones menos desarrolladas del mundo.

¹⁴ Véase Frank Cormier, *Wall Street's Shady Side* Public Affairs Press, New York, 1962, pp. 198.

¹⁵ En estas fechas un comentarista financiero de renombre opinaba lo siguiente: "Los vientos del desastre se han ido calmando en Wall Street. Ha habido tres declinaciones seguidas en la bolsa, pero contrariamente a las de mayo y junio, no ha hecho su aparición el pánico en esta ocasión... y en los 30 días últimos parece renacer, aunque con cautela, el optimismo. Las condiciones no parecen ser tan malas como se había asegurado, a juicio de algunos observadores". Véase Clyde H. Gainsworth, "Cautions Optimism in Wall Street's Supplants Panic Mood of May", *The New York Times*, 18 de julio de 1962.

¹⁶ Véase Paul A. Samuelson, "Is This the Beginning of the End? The *Financial Times* (Londres), 11 de julio de 1962.